

# MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

\* \* \*

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO 1

BUENOS AIRES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 28

## EL JUEGO

*El juego de azar en todas sus formas es una de las pasiones dominantes en todas las clases sociales argentinas. La gente de negocios juega á las diferencias en las operaciones á plazo; los ricos juegan á la ruleta, los pobres á la taba, y todo el mundo juega á la lotería, á las carreras y á los naipes; hasta en los bars y en los cafés se juega el consumo á los dados.*

*En los doce años 1890|1901 se han jugado en los hipódromos \$ 161.653.788, y en diversas quinielas 37 millones. Desde 1894, año en que empezó á jugarse la lotería nacional de beneficencia, hasta fines de 1901, emitió ésta en billetes un valor total de \$ 196.935.000*

*No alcanza á un 1/2 % de la emisión lo que la administración de la lotería no vende, de modo que, para conocer la suma que ha jugado el público, habrá que deducir de los \$ 196.935.000 el 1/2 %, y resultan entonces cerca de 196 millones de pesos, ó sea por año 21,5 millones de pesos. Agregando á este promedio anual 16,5 millones que se juegan en los hipódromos y en quinielas, resulta un total de 41 millones en sólo estas especialidades del juego.*

*En este total no están comprendidas las sumas considerables que se invierten en las loterías clandestinas. Hacer la caridad con el producto del vicio, es hacerle cosquillas al Diabolo para que se ría Dios.*

*Aun cuando los beneficios de la lotería nacional se distribuyen entre las diversas sociedades de beneficencia de la república, resulta que la caridad practicada en esta forma es costeadá por los pobres en mayor proporción que por los ricos, porque no son, á buen seguro, éstos los que compran la mayor parte de los billetes de cada emisión, sino aquéllos. La lotería desnuda á los pobres que trabajan, para vestir á los pobres que vegetan en los asilos. Esto es á la vez injusto y contrario á los buenos principios de economía social, porque el régimen aleatorio permite que los ricos se substraigan á sus deberes de caridad, sin que pueda por ello responsabilizárseles.*

*Cuando no regia aún la ley de conversión que ha puesto coto á las oscilaciones del oro, se jugaba mucho á las diferencias en la Bolsa. En 1896, por ejemplo, las operaciones de Bolsa han alcanzado á diez veces el valor de toda la producción nacional; lo cual puede dar una idea de como se jugaba en esa casa. Las nueve décimas partes de estas operaciones eran ficticias, y no tenían más base que el juego de diferencias. Ahora se juega también en la Bolsa, pero en escala mucho menor por la estabilidad en la cotización del oro.*

*El juego de la ruleta es el que menos debe preocupar á la sociedad, moralmente hablando. En los «Monte Carlo» no juegan sino los que no saben qué hacer de su plata; es decir, los que no merecen poseerla; allí no juega el pobre, porque el lujo de esas cosas es inaccesible á la indigencia. Los que van á un «Monte Carlo» para hacerse desplumar primero y para suicidarse después, no merecen ningún género de compasión, porque son gente vagabunda que en la muerte que se han dado ellos mismos no han recibido sino el condigno castigo de su insaciable codicia. Los «Monte Carlo» arruinan sólo á los calaveras ricos; es decir, á los miembros menos útiles de la sociedad, que nunca serán muchos; pero no empobrecen á las masas obreras, la base de las naciones, y por eso son menos inmorales que las loterías.*

## LAS ALÁRMAS



FRANCISCO LATZINA.

—No se permiten grupos! Disúdivase, señor!...

# BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

## LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cervecería • • Salones especiales para familias y banquetes

### Atención vegetarianos!

RESTAURANT VEGETARIANO  
ÚNICO ESTABLECIDO EN BUENOS AIRES  
CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á él todos los que deseéis una vida sana y alegre.—Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una buena alimentación.

RESTAURANT VEGETARIANO - 25 DE MAYO 449 (altos)  
BUENOS AIRES

### G. San Germier

POR CINCO PESOS

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras - - - - -

**ALFALFA DE LA PAMPA**

Calle Lima 1165 — Buenos Aires

**LOS OBREROS** CASA FUNDADA  
EN 1884

DE FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES  
CALLE DEFENSA, núm. 619

NOTA—Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

### I. BONANSEA

CIRUJANO—DENTISTA MECÁNICO

**Calle Moreno, 990**

— BUENOS AIRES —

### Justino B. Lamarque

CIRUJANO—DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 Buenos Aires

FOTOGRAFÍA

REFFO

Defensa 861-Buenos Aires

## “MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre..... \$ 1.20

Año..... » 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre..... \$ 1.80

Semestre..... » 3.50

Año..... » 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

Agencia de MARTIN FIERRO en el Rosario: Librería de Emilio Sotelo, Córdoba 1288

# MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

\* \* \*

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 28

## NOTA DE INVIERNO

¡A MANECE!  
Eso ocurre todos los días y nunca es viejo. Cada aurora es una página en el libro de las trescientas sesenta y cinco, que se llena mientras alumbra el sol y se dobla generalmente con pesar mezclado de esperanza al cerrar los ojos en el lecho bajo la «imagen espantosa de la muerte» que dijo Argensola del sueño.

En el obrar del tiempo, las auroras son el bálsamo maravilloso; calman el dolor y adormecen el pesar en cada nueva. ¡Qué ansiadas para los que pasaron noche de tortura al parecer eterna! ¡Qué refrigerantes para la fiebre que produjo fantásticos desvarios, movibles arabescos, danzas inverosímiles, muercas infernales durante las sombras!

Las auroras son siempre bellas aún bajo la impresión de los más tristes sucesos. Penetran por las rendijas á llevar esperanza á los que bañan con sus lágrimas el lecho de la muerte; destierran los fantasmas del miedo; alejan precipitadamente al crimen hacia el refugio y aún son melancólicamente hermosas cuando alumbran los campos sembrados de cadáveres al día siguiente de un combate horrendo.

En el duelo, cita en que buscan el honor los hombres como si buscasen el talento ó las riquezas ó cualquier otra cosa que no pueden darles ni las pistolas ni los floretes, aun en manos de los mejores tiradores y espadachines, las auroras son los verdaderos y mudos testigos de las inquietudes, de las zozobras, de los terrores y estremecimientos que pasan los duelistas haciendo los héroes, del porvenir entero y de la orfandad y aún miseria de las familias.

He visto auroras bellas bajo la línea ecuatorial y Nansen las ha visto admirables en las regiones del polo. Las hay bajo todos los climas y en todas las estaciones sin exceptuar la antipática del reuma y de las pulmonías.

En esta del destemplado invierno que alcanzamos, las hojas acartonadas rojizo amarillentas que desprendió de las ramas el cierzo nocturno, corren al clarear del día, impelidas por la brisa, susurrando como alas arrastradas, por los senderos en los parques y plazas de esta muy noble y leal ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires. La trompa de los vapores entumecidos en el puerto, prolonga su bramido de monstruo á lo lejos y habla eco incierto, vago, en el sueño de los moradores de la ciudad, á la vez que en ella las fábricas se espezezan bajo el silbato de las máquinas y tañe lenta y aguda la campana de los templos saludando á los creyentes con la voz de la fe y enviando á los católicos el consuelo de la madre universal...

Aprieta el frío penetrante á la salida de Febo amarillento y los perezosos se rebujan en la cama con inconcientes vuelcos para ensayar el más dulce y sabroso de los sueños, mientras la enronquecida voz de los granujas del diarismo, mártires de la noticia, gritan corriendo: ¡Nación! ¡Pais! y los coches del *tranway* ruedan al descompasado trotar de los jamelgos cuyas cuencas nasales arrojan húmedo vapor por entre la niebla fría que recoge de suelo y de techumbres sus desgarrados cenales....

BROCHA GORDA.

## LECTURAS

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de la enseñanza. Formad hombres, formad hombres! Ilustrados, para que os den calor. Tarde ó temprano, la espléndida cuestión de la instrucción universal se planteará con la irresistible autoridad de la verdad absoluta.

VICTOR HUGO.

\*\*\*

Es bueno observar que todos los males que no provienen de nuestra constitución física proceden de nuestra ignorancia. Para curarlos era necesario curar nuestros errores; pero nos ha parecido más cómodo acusar á yo no sé que genio del mal, al cual entregamos el universo.

AIMÉ MARTIN.

\*\*\*

Son los hombres los que se labran su propia desdicha; todas las leyes de la naturaleza están fundadas en el amor, las humanas en la necesidad de castigar el crimen. Felices aquellos que no son gobernados sino por las leyes de la naturaleza.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

\*\*\*

Si algo imperta verdaderamente es que sobre la tierra no quede rastro de la esclavitud que ha consumido tantas vidas humanas.

TOLSTOY.

Sucedió en una ocasión,  
que los Indios atacaron  
al Salto y se retiraron  
muy cerca de la oración,  
que un Indio algo vejancón  
medio *mamao* se metió  
entre un *cardal* y topó  
á una mujer escondida,  
cuasi á oscuras, y en seguida  
en *ancas* se la montó.

La hembra se dejó cargar  
mas callada que un difunto,  
y el Pampa con ella al punto  
alegre echó á caminar;  
y á cada rato al marchar,  
pedía el Indio: «da beso»,  
y dando vuelta el pescetezo  
á su cautiva besaba,  
la cual al Indio pensaba  
enternecerlo con eso.

Seguía el Pampa y seguía  
á besos que se pelaba,  
mientras la marcha duraba,  
hasta que allá al ser de día  
se dió *güelta...* y ¡Virgen mía!  
con una vieja se halló,  
tan fiera, que se espantó,  
pues, sin volverla á mirar,  
el Indio por disparar  
hasta la *chuza* largó.

La vieja despatarrada  
por los garrones salió  
del *pingo* que la solfó,  
largándole una patada,  
siendo tan afortunada  
que ni el pelo le tocó,  
y felizmente cayó  
al pié de una vizcachera,  
donde mas que de carrera  
de cabeza se metió.

Metida allí en lo profundo  
de la covacha, rezando  
se aguantaba, no pensando  
salir ese día al mundo;  
pero, á la siesta, iracundo  
un vizcachón la mordió,  
y echando diablos salió  
la vieja toda embarrada,  
y ansi *descuajaringada*  
para el Salto enderezó.

Dos días tardó en llegar,  
pero en cuanto entró á la villa  
derechita á la capilla  
fué y se puso á confesar;  
y luego entró á cavilar  
sobre el susto con afán,  
hasta que se fué á Lujan  
y de allí al pueblo bajó,  
*aonde* de lega se entró  
en las monjas de San Juan.

HILARIO ASCASUBI.

## INEXORABLE

Todos estábamos contestes. Todos, menos Ricardo. El, no; él, en ese punto, era inexorable. El no disculpaba á un suicida. Por más que se sufriera. Por más que se hubiese sufrido. Y los ojos negros y profundos del poeta, en los que se advertía siempre una lágrima cristalizada, se clavaban en los de la hermosa y joven señora de López, también negros, también profundos. Se clavaban larga é intesamente, como si quisiesen llegarle hasta el alma. La señora de López estaba inmóvil, como petrificada en la silla. Los contornos de sus facciones tornábanse aéreos bajo la lividez cadavérica que flotaba sobre su rostro. Nosotros escuchábamos en silencio. Y Ricardo seguía. El también había sufrido. Había sufrido mucho; tal vez nadie hubiese sufrido como él. Y sin embargo...

\*\*\*

Ya no. Ya no sufría. Todo se olvidaba en este mundo. Ahora él amaba la vida. La amaba casi podría decirse desenfrenada, irresistiblemente. Ahí estaban todas sus estrofas. El siempre había volcado su alma en sus estrofas. Antes sus versos eran lúgubres; ahora eran luminosos. Y él, á veces, solía reirse de sus antiguas lamentaciones líricas. Las consideraba como el producto de la sugestión de los libros. Ese Byron! Ese Heine! Sus rimas eran contagiosas para las almas de veinte años. Y un día él había hecho una hoguera con todos esos libros. Y el humo purificado, desvaneció la atmósfera de *spleen* que flotaba sobre su espíritu. Porque, en verdad, se comprendía que las brumas del Támesis hubiesen desarrollado en el alma de Byron una subjetividad exagerada. Pero él, que había nacido en esta América de tanto sol... Y sus ojos seguían

1904.

clavados, implacables en los de la señora de López.

\*\*\*

Todos, uno por uno, fuimos dejándole. Quedó solo en el pequeño retrete, mientras los giros enloquecedores de un *vals* nos envolvían en una ola de mundana frivolidad. La señora de López había recuperado para su rostro el hermoso color que la asemejaba, según la frase de uno de sus más entusiastas admiradores, á una manzana en sazón. Y en verdad: aquella carita sonrosada y boba de mujer casi impúber, aquellos ojos tan negros, aquel busto mórbido sin exageración, aquel talle tan redondo que provocaba á rodearlo con el brazo, aquella naturalidad y elegancia de sus modales, despertaban en nosotros, con respecto á nuestro amigo López, esa emoción que experimenta un adolescente ante la golosina que tiene otro niño de su edad. Y, sin embargo, nosotros queríamos á López; pero su mujer tenía la culpa si no lo queríamos mucho más.

\*\*\*

Alguien preguntó por el poeta. La señora de López se estremeció mientras una ligera palidez bañaba súbitamente sus mejillas. —«Allí está» —contestamos varios á la vez. Y mientras comentábamos risueñamente el aislamiento de Ricardo, López iba en su busca. Un instante después oíamos un grito. Corrimos todos en dirección al retrete. Sobre la alfombra estaba el cadáver del poeta, con el cuerpo rígido y el rostro descompuesto por la acción terrible del veneno. A su lado, cerca de la mano, había un medallón con el retrato de la señora de López.

CÁRLOS J. CLARA.

# 'LEYENDAS DE LA HUMILDAD'

DE PADRES Á HIJOS

Un día volviendo al anochecer de su trabajo, de la tienda donde ella llevaba los libros, se halló que tenía por vecino á un viejo profesor de piano. Pensó en los accidentes que trae á la vida el conocimiento de una nueva persona, y esperó. Hasta entonces, la joven vivió como huérfana que era, sola. No buscó salir de su soledad tampoco, aunque se casase de ella.

Dormido el dolor que sufrió á la muerte de su hermano, único sostén y amigo que le quedó al desaparecer la madre en la tumba, vivió á la sorpresa del día. Pero los días pasaron y nada nuevo le traían. En la calle, algún hombre le decía, á veces, al pasar, algo, muy poco; y todos, luego, seguían. Ella los miraba y en sus ojos de azul de mar claro no debía de haber una expresión de estímulo, ya que nadie insistió en hablarla más de las dos veces que se usan al pasar.

¡Y era bella! Sólo una línea contractiva, partiendo del óvalo de los ojos, la ensombrecía un poco en la expresión, lo que también contribuiría á que las pretensiones y las palabras de la galantería transunte la respetasen. Así se hizo una madona nómode, que iba en medio de las gentes como por una calzada de nebrópolis. Olvidada de quitarse el negro usado durante los días de brisas luctuosas, de negro vestía siempre. Vano era de las rubias guedejas, besando el cuello sombrío de la bata, clamoreasen. Alguna vez que pensó en ello, por otro lado sintió como la sensación de si estuviera en vísperas de hallarse desnuda, ante sí misma, ó como si le quitasen algo de su personalidad, íntima é indispensable.

Pasaron los días, todos iguales. El piano del profesor se debía sentir de día, á las horas que ella estaba, probablemente, sentando partidas en el «Diario». A veces sus ojos lanzados se posaban sobre la clientela con aquella profundidad que indicaba en ella una desolación grave, sería, infinita... Luego volvía al trabajo. Las compañeras de tienda decían que en los órbitas de Emilia no había nada; estaban vaciadas, huecas. Los dependientes plegaban los labios ante aquel rostro de ncar apagado, y por negligencia, respeto ó casualidad, jamás pasaron de comentarla deferentemente.

Quién era ella no fué nunca un misterio: viada la madre, de España se vino á América con los dos crios que la dejó el matrimonio, y aquí crecieron ellos mientras la madre bregó para educarlos un poco y darles de comer. ¡Comer!... Muerta la madre, convertida en un guñapo de la tuberculosis, el hermano, después de tanto luchar, se hundió también, víctima del mal heredado; tísico! Emilia quedó sola, pero ya hecha mujer, con dieciocho años en aquella faz de madre-perla, de mirada glauca, de honda transparencia.

También pasaron las semanas. Se llegó á olvidar del viejo profesor de piano, cuando una noche, al entornar pesadamente la cortina de sus ojos, ya acostada, sintió el piano en un *lieder* de Chopin, una de esas melancolias desesperadas que acabaron la vida del gran polaco. En Emilia se despertaron unos gorgoritos de pena lejanas; revivió á su hermano, jugó con él, habló con la madre, comió con ambos en medio de tristes risas, porque la madre ese día no trajo vino, á pesar de ser domingo, y aun rememoró á un perro de lanas que solía regalar con un terrón de azúcar y á quien mataron un día á puñaladas como si fuera un hombre. Cuando el piano calló, Emilia vió á su hermano en el atadío, chapado de carnes seco, pero sonriendo á la vida... Luego apareció la madre, rígida sobre el lecho de la muerte, con un gesto de protesta en la cara contra algo que la tumbaba injustamente. ¡Fué una noche atroz!...

Al otro día quiso hablar con el viejo profesor de piano. Y habló. No fudamentó lo que quería decir y el anciano la trató con malos modos, hablando de las «mujeres solas» como de una peste social que todo el mundo se debía cuidar á capa y espada... Á la noche Chopin vibró, lloró á su Polonia, la cantó como á tierra libre, como á esclava, como á tierra triste. Y Emilia vió la sonrisa cadavérica de su hermano, al lado de la mortal protesta de la madre. Parecía incierto, en aquel hombre que adusta y brutalmente la tratara, una ejecución de nota tan sensitiva, conclusamente dolorosa.

Trabajaba en la tienda en lugar donde la luz eléctrica suplía á la del día. En la habitación que vivía, el sol llegaba tarde. Al sufrir de la fluxión al pecho, comenzó á amar al sol; así, después de comer, se paseaba diez ó quince minutos frente á los bastidores del comedor, por donde los rayos de oro, rubios como las guedejas de sus cabellos, se metían, aclarando el aire que presentaba algo así como una revolución entre microscópicas libélulas, duendes alados é insectos con sombrero de felpa.

Un mediodía, más pensativa que otros de los pasados, estando con aquellas órbitas que parecían poseer las cuentas de un azul más fuerte fijas allá, lo lejos, se sentó, toda nerviosa, como si no pudiera concluir de resolver algún problema hondo que le preocupase.

En esto, una compañera, habiéndola primero de casos

varias, la invitó para su boda, muy pronto, de entonces á ocho días. Emilia, que apenas la escuchaba, al concluir la colega, quedóse como quien intenta, por las palabras quedadas en el aire, recoger la significación de lo que allí se dijo. Repentinamente se volvió.

—¿Sí?... ¿tú te casas?...  
A la noche, ya acostada, trayendo uno y llevando otro pensamiento, acudió al recuerdo del *lieder* de Chopin... Era su muerte. Todo dolor se erigía en su pecho previa rememoración del canto polaco, interpretando en ella al través de sus penas, acumuladas en lechos fríos, un ejército de ellos, que, como en vasto hotel, guardaba en el albo pecho, bajo entonces como tabla rasa.

Tosió y comenzó su agonía.  
¿Pues qué? ¿Cómo así ella no tenía, ni tuvo, un poco, de felicidad? ¿Por qué? ¿por qué aquel abandono? ¿Alguien la había perseguido...? ¿No? Entonces, ¿cómo se entendería aquello?... ¡Oh, dolor, dolor! Su trabajo la aburría, la aburría dolorosamente, puesto que no le veía el por qué... ¿Qué había después del trabajo? ¿Aquella su soledad espantosa, nada más, siempre así?... ¡No, no sería siempre así!... Se tiraría al agua antes, al otro día mismo... ¡Otras aman! ¡Nadie la amó á ella!... Verdad que con su aspecto doloroso... ¡Oh, el amor, el amor!...

Y en un sueño de amor, largo, se quedó dormida. ¡Para siempre!...

FÉLIX B. BASTERRA.

## LECTURAS

Querer reducir á las mujeres al gobierno material de su casa y no educarlas más que con este fin, es olvidar que de la casa de cada ciudadano y del seno de la familia, es de donde salen los errores y los prejuicios que gobiernan el mundo.

ALMÉ MARTIN.

Siglos no muy lejanos de nosotros, han hecho alarde de sus ricas abadias y monumentos; sus catedrales y basílicas de mármol, sus cúpulas lanzadas al cielo. Preguntad no obstante á la historia, cuáles eran sus costumbres, y os responderá mostrándoos los instrumentos de tortura, las hogueras, las matanzas, la esclavitud, la disolución y la barbarie.

SARMIENTO.

LOS MÁRTIRES...



*(He aquí un nuevo libro, un nuevo esfuerzo, una nueva luz con que el Dr. José María Ramos Mejía contribuye al desarrollo de la literatura científica nacional. Damos á continuación parte de uno de sus capítulos, reservándonos para más tarde el juicio detenido que la obra requiere.)*

No es menos defensiva, en muchos casos, la misma oratoria, cuando como ese silencio fructífero, se emplea para ocultar pobreza mental vergonzantes. Ese orador verboso, pero estéril, de todos tan conocido, es el tipo del defensivo superior; mezcla curiosa de tintoreo astigmatismo, por la abundancia de colores chillones que maneja, de pitotécnico por el ruido inútil que produce, de cómico por el gesto abusivo, la pose sugeridora, el ademán del atleta y de augur confundidos fraternalmente, con que sugiere la sensación de plenitud, en el vacío. Nadie, como él, más feliz cuando despliega sus trapos abundantes de serpentina, dominando la atención de la simplicidad de espíritu, con aquella verbosidad venturosa que pone láminas á su inútil facundia. Es el espíritu más consumado de la prestigiosidad psicológica, el mentiroso emotivo por excelencia. Su charla no es jamás vehículo de ideas, ó si á las veces existe alguna, lo que parece bien raro, es sólo en un estado tal de dilución que no será posible pescarla en aquel mar de papelititos de todos colores.

Algunos más alados que otros, suelen en ocasiones suspenderse un poco arriba de la tierra; porque con la maravillosa inflexión de la voz y algunas otras raras cualidades puramente externas, ó encantan el oído ó sorprenden la sensibilidad tocándola con mansedumbre. Por ese medio acaban por dominar el corrillo, desterrar el aburrimiento de la expectativa y conquistar el privilegio de la atención en los cerebros dóciles al engaño. Su habilidad protectora está principalmente en detenerse cuando ya asoma dentro de su incoercible verborragia la vaga silueta de aquel delicioso macaneador, cuyo espíritu tan ingenuamente expansivo, vela siempre experto dentro del alma del orador.

Hay que reconocer, con todo, que tiene la facultad de hacerse oír siempre en los más graves problemas, por la audacia en el abordaje, la felicidad envidiable en la cita y aquella rara habilidad con que pone al servicio de todas las inteligencias, la chispeante vulgarización de las arduas cuestiones.

Todo lo allana su incierto y débil raciocinio; la verbosidad que alternativamente, tiene algo de la ducha y de la lluvia menuda, simula la total destrucción de las dificultades; todos los problemas hallan una solución fácil, que al fin no encuentra, pero cuya sensación sugiere con su música de convención, solemne ó alegre, según los casos, y con su voz flexible con reminiscencias de la lira y del cascabel. Jamás los veréis concebir un proyecto en que se vea palpar el sentimiento de una necesidad pública, escribir un libro trascendental, pronunciar un discurso con un pensamiento que lo anime, porque toda la intelectualidad del orador defensivo, no pasa más allá del tegumento, oprimidos los meollos por un despliegue invasor de la circunvolución de Broca y todas sus adyacencias, movilizadas por un verdadero erotismo verbal.

Viven así, engañando por medio de este artificio con que deforman su propio ser, en esta eterna preñez de aire, que no llega jamás al alumbramiento y que los lleva indefectiblemente al fracaso cuando van á la acción del pensamiento ó de la voluntad. Si llegan á un elevado puesto público vegetan ó claudican torpemente, y erran cuanto más apuntan, si comen se atorán, si caminan caen al precipicio. Están destinados á la inacción activa, que diría un gran político argentino, pero puesta en música y en pantomima, porque ese simulador impenitente no puede dejar de hablar y de gesticular, para sus fines de protección.

Entre éste y el silencio hay otro género intermedio.

Cuando el silencio ha agotado su eficacia y otro recurso no procede, tienen que hablar irremisiblemente; pero como hablar es suicidarse, la agresión apura y el ojo insiste en penetrar con su inclemencia escrutadora la sospechada vacuidad de la calabaza cefálica. El momento es sin duda supremo, hay que entregarse, capitular... Entonces animase de pronto la fisonomía, muévense los surcos articulares con las ondulaciones fibrilantes de la inspiración verbal y una frase rompe en sus labios que, como un puñado de tierra arrojado á los ojos del adversario, lo deja por un momento ciego mientras huye precipitadamente. La curiosidad pública, entrégase mientras tanto á la esmerada disección de la frase, vuélvela de un lado al otro, la pesa, la mueve á la derecha, á la izquierda... ¡nadá! La percusión convulsiva sólo arranca aquellos ruidos de *pot félé* como llamará Laennec al pavoroso eco que le daban las lagunas pulmonares. Pero esa revelación es tardía, el enemigo no está ya á su alcance, el aparato defensivo por la deflagración de aquel humazo que tiene la virtud de producir admirativas cegueras tan oportunas, ha salvado el honor cubriendo la retirada. El cuerpo impulsado del fantasma hechizo, sigue moviendo zurdamente los brazos para simular la vida y dispensar sus virtudes de protección.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA.

## LECTURAS

La verdad es el fundamento y la razón de la perfección y la belleza. Una cosa, de cualquier naturaleza que sea, no puede ser bella y perfecta si no es verdaderamente todo lo que debe ser, y si no tiene todo lo que debe tener.

LA ROCHEFOUCAULD.

Al finalizar el siglo XVIII los hombres de la antigua Europa, comprendieron poco á poco que aquella entera dependencia en que los obreros se hallaban respecto á sus señores, y que pareció al principio una forma necesaria y natural de la vida económica, debía ser abolida como un mal, una injusticia y una inmoralidad. Nuestros contemporáneos, empiezan también á reconocer que la condición de los obreros, no es, como pensaban, la consecuencia normal de leyes necesarias, sino que es por lo contrario de tal modo monstruosa que hay que modificarla cuanto antes.

TOLSTOY.

## LA VIDA

### I

Leo en mi libro. Es ya la media noche.  
Las trenzas de mi amada  
son un chorro de libras esterlinas.  
Y surge su cabeza de las blancas  
coberturas del lecho  
como el dibujo de un pintor de hadas.

Me dicen: «es un perro»; ó bien: «te adora».

Hoy nos hemos reído á carcajadas.

Los amigos me envidian

mi casita, mi ocio, la muchacha,

mi juventud y la sonrisa eterna...

Mi sonrisa es mi fuerza y es mi máscara.

Yo soy feliz. ¡Y bien! Esto es horrible.

Suspiro por mis noches angustiadas,

por mi vida haraposa de bohemio,

por mis noches sin cama,

por mi cruel desolación de huérfano,

por mi vida de huérfano y de paria...

¿A qué venci? ¿Por qué librar las rudas,

las tremendas batallas,

por la vida y el éxito y el nombre?

¿Para qué la ascensión de las montañas?

La hermosa abre los ojos. Me sonrío.

—Ven, me dicen su voz y sus miradas:

y luego, pobrecita, me pregunta:

—¿En qué piensas?

—En nada.

### II

Sentado á mi balcon miro las nubes

errantes. Caravanas  
de sueños y ambiciones  
por mi cerebro pasan.

Mi querida se acerca, y dulcemente  
apóyase en mi espalda.

Su caballera se impregnó en el baño  
de un olor de campiña. Me dan ganas

de beber leche, de domar un potro,

de atravesar un río... Nuestra charla

se inicia con un beso. Ella confía

en mis puños. Hablamos del mañana.

¡Cómo es hermoso el gesto del que lucha!

Y el lauro del que triunfa, ¡cómo ata!

Si esta noche, de súbito,

á mi viniera un hada

y me dijese:

—Escúchame, poeta;

traigo para tus sienes esta rama

de florido laurel; traigo esta púrpura

para ceñir de púrpura tu espalda;

para tu bolsa un vellocino de oro

y esta rubia gentil para tu cama;

al hada bienhechora

le daría las gracias,

y á trueque de esos dones

le pediría:

—Hada,

ponme en el brazo músculos,

y ambición en el alma.

R. BLANCO FOMBONA.

## LECTURAS

El gran vicio de las sociedades humanas consiste en que los hombres que combaten por la justicia levantan en su contra á todos los que se aprovechan de las iniquidades vivientes, sin ser defendidos por los débiles cuya causa sirven, quienes, por falta de comprensión, les ven marchar al suplicio con indiferencia, cuando no juntan á los aplausos del amo los ultrajes, los gritos de muerte y las pedradas.

CLEMENCEAU.

No es el morir, ni aún el morir de hambre, lo que hace miserable al hombre: antes que nosotros murieron todos los hombres que nos precedieron y nosotros moriremos también; pero lo que es atroz, lo que no puede soportarse es vivir miserables sin saber por qué, fatigarse, perder inútilmente la energía y quedar solos; sin amigos, bañados en la glacial atmósfera del *dejad hacer*.

CARLYLE.

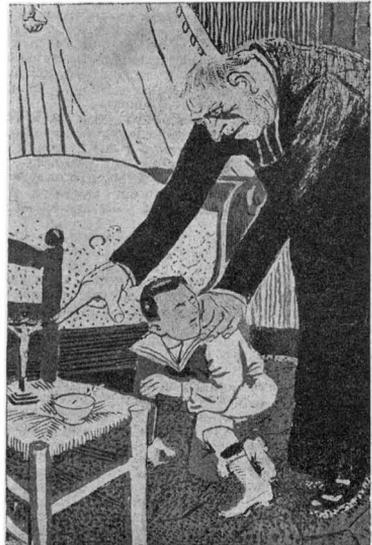
La esclavitud de los hombres es la consecuencia de las leyes; las leyes, se establecieron por los gobiernos. Para libertar á los hombres, no hay más que un remedio, la destrucción de los gobiernos.

\*\*\*

Los hombres de la clase rica que están como el ratón dentro del queso, en su situación privilegiada, están tan á gusto, que cuando se trata de mejorar la suerte de los obreros, se apresuran, siguiendo en su papel de dueños, á presentar proyectos de toda especie para la organización de la existencia de sus esclavos.

TOLSTOY.

## MANSEDUMBRE CATÓLICA...



—¿De rodillas ante tu salvador!

EDGARDO POE acaba de ser honrado en la Sorbona. Un joven profesor, Mr. Emilio Lauvriere, ha escogido como tesis del doctorado la vida y la obra de este «genio morbos», como él lo llama, sobre el que hay en América una literatura confusa y considerable.

Desde Baudelaire, que fué el primero en darlo á conocer á Francia, y después de los artículos recientes de Mme. Arvide Barine en la revista de *Deux Mondes*, ningún trabajo de conjunto, coordinando las diversas noticias que hay esparcidas sobre el poeta, ha sido intentado.

Mr. Lauvriere ha tenido esta legítima ambición, que los jueces han juzgado excelente: el público ratificará ahora esos elogios, leyendo las excelentes tesis publicadas por la casa Alcan.

Las ideas del autor sobre la obra de Edgardo Poe, pertenecen á la crítica literaria, pero su vida pertenece á nosotros. Poe fué periodista; es uno de nuestros antepasados, de aquellos que, como él, experimentando profundamente el interés de la necesidad diaria, nacida de la actualidad, alimentan el sueño un poco loco de pedir al periódico los medios materiales necesarios para emprender la obra literaria, la obra de arte que sienten poderosamente en ellos.

Una leyenda, ó mejor dicho, un proceso, se le ha incoado, en el que se le coloca en la categoría de los locos, señalándole durante muchísimo tiempo con el sello ignominioso de los borrachos. Es menester saber lo que vale este juicio, y Mr. Lauvriere nos ayudará.

Que es lo que fué la vida del poeta, puede decirse en una palabra. Fué una vida de bohemio, no esa vida bohemía nacida del descuido, de la inconsciencia, de la pereza, sino causada por las necesidades mismas del oficio del hombre de letras, víctima de la explotación de los editores y de los malos negocios que no pueden conjurarse.

No debe considerarse á Edgardo Poe como un personaje escapado de la novela de Mürger, como un gran niño que tiene todos sus días de fiesta. Fué por el contrario, un trabajador encarnizado, paciente, entregado de lleno á las ideas, una vez que se daba una por objeto.

Este alcohol llevaba sus cuentas con la minuciosidad de un cajero.

Willis que lo tuvo como redactor del *Evening Mirror*, escribe que siempre le conoció como «un ser pacífico, activo, de los más paciente, cortés, imponiendo el más profundo respecto y la más viva simpatía por las constantes cualidades de su conducta y de su talento».

Dios sabe, sin embargo, á lo que estuvo obligado con frecuencia. Redactor en el *Southern Literary Messenger* por diez dólares semanales, cumplía con ánimo todas las tareas que pertenecen á los redactores de segundo orden: corrección de pruebas, lecturas de los originales, respuestas á los correspondientes, crónicas de actualidad, improvisaciones de última hora. En otro orden, maravillaba á sus lectores con sus luminosas y científicas explicaciones sobre un jugador automático de ajedrez, ó levantaba tempestades de risa publicando una serie humorística de falsos autógrafos, parodiando el estilo de los más ilustres firmantes. La revista pasó de una tirada de 700 á 5.000 ejemplares, y sus ganancias se doblaron.

En el *Evening Mirror*, escribe su director Willis, su trabajo consistía en permanecer detrás de una mesa en un rincón de la sala de redacción y estar pronto á contestar á las múltiples necesidades del periódico, y, sin embargo, añade: «No podrías figurarte con qué buen humor no cesaba de rechazar toda sugestión, y como podía contarse con su puntualidad y su celo en satisfacer un deseo.»

En 1845, director del *Broadway Journal*, se multiplicaba y hacía todas las tareas por 50 dólares.

Estaba lleno de ideas, sin embargo. ¿No se le había ocurrido en 1844 el *trust* de los autores, la reunión de los doce hombres de letras más célebres, accionistas de una revista para ellos solos, á la que contribuían con un artículo al mes?

Sus cuentos, sus gloriosos cuentos fueron pagados con un pedazo de pan. *El escarabajo de oro* alcanzó el precio otorgado á las novelas cortas en una mezquina revista. *El gato negro* apareció en un mediocre periódico semanal; y cuando abordó á las revistas más serias alcanzó á una tarifa de dos dólares por página, y á veces no se le pagó y hubo de abandonar sus honorarios á un director más pobre que él todavía.

Su exterior no tenía nada del aspecto despegugado de un Verlaire. «Iba bien, dice un contemporáneo suyo, derecho, digno. Vestía de negro desde los pies á la cabeza, y llevaba la vida abrochada hasta el cuello de su corbata negra. No llevaba ni un punto blanco en su traje.» «Dejaba la impresión, dice otro, de un hombre bien educado, refinado y extremadamente cuidadoso de su persona.»

No sonreía jamás, su «hermoso rostro, pálido é inteligente», estaba siempre melancólico.

Pero lo que más llamaba la atención de cuantos le conocieron fueron sus ojos: «Sus ojos sombríos, dice mistres Osgood, preñados de relámpagos magnéticos de la idea y del sentimiento.»

«Yo no he visto, dice otra de sus amigas, miss Susanna Talley, otros ojos que se le parezcan. Eran grandes, de largas pestañas negras como el azabache. El iris de un sombrío gris de acero, tenía la limpida transparencia del cristal, dejando ver á la pupila contraerse á cada cambio de idea ó de emoción. Sus párpados no se cerraban jamás. Su mirada era llena, abierta, inmutable.»

Desde el día en que abandonó la escuela militar de Westpoint, enajenándose la simpatía de su padre adoptivo Mr. Allan, vivió desconocido ó célebre, soltero ó casado en tugurios. Su arte lo transformaba, y la buena señora Clemus velaba por él para que hubiese flores ó un mueble raro de esos que llamaban la atención de sus piadosos visitantes; que decían que aquel artista era propiamente un poeta vagabundo.

Y, sin embargo, este hombre de genio era tachado notoriamente de embriaguez; sus enemigos lo dijeron primero; sus amigos, después de su muerte, extendieron la leyenda. Á escuchar á los que le frecuentaron, su vicio era especial, aumentando más su enfermedad. «Yo no encuentro ningún placer en esos estimulantes, á los que me entrego alguna vez», decía él mismo, reconociendo que después de cada exceso tenía que guardar cama.

¿Por qué debía entonces? Por demasiada sociabilidad, responde uno de sus defensores, y «por poco que bebiese, un vaso de vino blanco, ó de cerveza, ó de sidra de Rubiacar, estaba pesado... Yo he visto hombres que vacilaban botellas enteras, mientras que Poe se contentaba con vasos, y que escapan, por lo tanto, á toda acusación de intemperancia.» «Un solo vaso de vino, dice otro, había transformado su naturaleza por completo...»

El infeliz luchó valerosamente contra su enfermedad. Las citas esparcidas en la obra de Mr. Lauvriere nos le muestran durante meses y aun años, no bebiendo sino agua ó café, refusingo hasta los tónicos que una amiga le enviaba. Pero el mal era más fuerte. Se agravó, dice su prima, por el uso del ópio, y una noche de Septiembre de 1849 se le encontró en una taberna de Baltimore sin fuerzas, extenuado, habiendo pasado la noche entretenido por una pandilla de políticos en beber y charlar sin medida. Se le llevó á Washington, donde murió el 7 de Octubre en el hospital.

Uno de los parientes de la segunda mujer de su padre adoptivo, el general Scott, ha declarado «que había en este hombre tan calumniado, rasgos nobilísimos, y que toda América debía tener tanto cuidado de sus hombres de letras como de sus soldados.»

Este es el verdadero juicio que es preciso hacer de Edgardo Poe, y sin detenerse mucho en las descripciones terroríficas, desconcoloradas también para la especie humana, de los tratamientos especiales de los médicos especialistas, conviene, y así lo pide Mr. Lauvriere en la conclusión de su tesis, condolerse más bien que blasfemar del pobre y genial hombre de letras, beneficiándole con la tolerancia con que se juzga á Petrus Borel, Gerardo de Nerval, Musset, Baudelaire, Verlaine y á todos los que su genio no les permite ser como todo el mundo.

MAURICIO DUMOULÍN.

## “MUSICA PROHIBIDA”

POR

ALBERTO GHIRALDO

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

PRECIO: 1 \$ <sup>00</sup>/<sub>100</sub>

En venta en las librerías y kioscos de la capital

Pedidos á la Administración de MARTIN FIERRO

1072, Calle Santiago del Estero, 1072

## TIPOS QUE PASAN

EN nuestro país, no es preciso vivir mucho para recordar de cosas viejas. La evolución opera entre nosotros á media rienda, á espuela y látigo, convirtiéndose en verdadera revolución. Por eso será que casi todo resulta sancionado, mucho sabe á crudo, algo madura á la fuerza y lo más se pudre verde, desde las bananas hasta los hombres políticos. Podríamos decir que la Argentina se transforma trególicamente, porque es la tierra de las metamorfosis galopantes, de las sorpresas risueñas como de las realidades salvajes: pero, á pesar de todo, es y será por muchos siglos, el gran país del porvenir.

¿Cuántos bípedos no vemos desembarcar con los botines al hombro por no gastarlos y al poco tiempo resultan unos colosos en el ramo de zapatería? ¿Cuántos no principian aquí su humilde carrera con un canasto enganchado al brazo, gritando á laringe limpia ¡linda manana! ¡naranque maquenude! y concluye por engarcharse una fortuna?

Lo que sí, el hijo de este hombre, suficientemente acriollado, es quien se encarga de despilfarrar la herencia; pero el hijo no acaba como principió el padre, vendiendo naranjas, sino de atorrateo ó en la cárcel, lo que sí, de levita. Como se vé, el período de «revolución» es rápido porque la órbita á recorrer es pequeña, aunque muy elíptica: se cumple una ley de mecánica celeste. El padre recorrió el afelio y el hijo el perihelio de la curva. Pero veo que me voy hacia otros rumbos cuando yo quería hablar aquí, de un tipo que, por desgracia, ya pasó á mejor forma aunque no su imágen.

¿Quién no recuerda al maestro albañil en caballo de sobrepaso? Ya viene el «maestro», deben ir á ser las doce—decía la gente desocupada del barrio, que no era poca; y en verdad ya venía. Al principio se percibía algo así como un repiqueteo ó redoble lejano, del cual el lector podrá darse una idea sonora y rítmica articulando con rapidez estas sílabas ó ruidos: taca-tiqui-tucutucu-tiqui-taca... El redoble iba aumentando según las leyes de la acústica, hasta llegar al máximo, al fortísimo; entonces se veía pasar algo así como un metéoro: era un pobre caballo de sobrepaso, más bien charcón que flaco, corriendo como una exhalación, escarceando, y babeándose el pecho como epiléptico; batiendo la cola con verdadero encarnizamiento, como si llevara prendido aquel tábano terrible que la celosa Juno aplicó á la ninfa lo convertida por Zeus en una hermosa ternera blanca.

Encima de nuestro caballo iba el «maestro» rígido, tieso, es estado de catalepsia; la mirada fija y vidriosa, boca semiabierta y sonriente, de donde surgía la pipa de guindo clavada por dos colmillos verdaderamente caninos; pantalones en faga vergonzosa hacia las rodillas, estribos metidos hasta los tacos empedrados de tachuelas, pluma de pavo real en el sombrero, y todo este figurón, echado hacia atrás, formando un ángulo de 45° con el lomo del cuadrúpedo. Y así como los grandes metéoros suelen ir siempre seguidos de otros menores, así también el

nuestro llevaba por séquito un enjambre de cuzcos ociosos que iban saliendo al cruce de detrás de cada puerta, con el laudable propósito de garronear al tordillo. Mas eso no pasaba de una ilusión canina.

¡Qué sujetos para morderle los garrones, cuando no se les veían, tal era la rapidez del movimiento!

Todo cuzco no alcanzaba á correr ni media cuadra, cuando se detenía de golpe, con la boca abierta hasta las orejas; miraba, fijamente á su esperanza perdida, y daba la vuelta al troceteo, con el cuerpo empalizado y la cola hecha una rosca, haciendo sonar las uñas sobre la vereda, y desplegada al viento su pequeña lengua, flexible, tersa y roja como una cinta de seda.

Pero como lo que aquí abundan son los perros, el enjambre se renovaba constantemente, y el metéoro corría y corría siempre, seguido por una bulliciosa constelación, hasta que caballo y caballero, ambos jadeantes, llegaban á su destino, donde los esperaba el morral de algarroba y la polenta con «pacaritos».

Mas hoy ya no escuchamos el simpático redoble. El «maestro» anda en tranvía ó en carruaje, porque ha engordado demasiado y porque sería hasta mal visto que un hombre como él, de posición, con hijos doctores y niñas que interpretan á Chopin, se zangoloteara á caballo, y menos ahora que no se usa el sobrepaso sinó el trote inglés, ese enemigo mortal de toda viscera, capaz de sacar el hígado por la nariz ó convertir en flotantes los riñones más bien puestos.

Sin embargo, en los momentos de flujo y reflujo de su alma chata—el espíritu también tiene sus mareas—cuando despues de cenar, sentado en el amplio patio de su ventilada casa propia, adormecido por la fragancia de la madreselva, el naranjo en flor y el cedrón, bajo un cielo estrellado y puro al que jamás miró—sino que vió, como se puede ver pasar un burro con árغانas—llega á sus oídos el nocturno de Chopin que su hija romántica ejecuta allí en la sala, suele cruzar por su mente aletargada el recuerdo de sus primeros tiempos de América, esos tiempos que ya pasaron para siempre jamás, llevándose una vida sencilla, y muchas otras cosas buenas, entre ellas, su inolvidable compañero, su tordillo, su silla hámaca de cuatro patas!

Entonces, y sin que intervenga el nocturno de Chopin, ni el cielo estrellado, ni la selva, ni el cedrón con sus clásicos perfumes que recuerdan lo antiguo, dos lágrimas, vacilantes, asoman en sus ojos, se hinchan, se agrandan, títubean, y por fin se desgranán, corriendo presurosas por las rojas mejillas, como gotas de lluvia sobre planchas candentes.

Es que el tiempo no borra jamás las profundas huellas de los grandes recuerdos: al contrario, las depura y embellece, así como el mar, lejos de borrar las formas de los cuerpos que con su manto cubre, les da realce y brillo al esmartharlas con sus sales cristalinas.

Pero, un recuerdo, grato ó ingrato, es siempre triste por ser recuerdo.

Dicen que no es bueno mirar hacia el pasado.

II

¡Ay!, no te ha sido falta nuestra. Sufrimos nuestro destino, y nuestros caracteres más ásperos, más violentos que los demás, nos impiden aceptar la vida de los amantes ordinarios. Pero hemos nacido para conocernos y amarnos, sólo por seguro. Sin tu juventud y la debilidad que tus lágrimas me han causado, una mañana hubiésemos permanecido como hermano y hermana. Sabíamos que eso nos convenía. Preveíamos los males que nos han tocado. ¿Pero qué importa después de todo? Hemos pasado por un rudo sendero, pero hemos llegado a la altura donde debemos descansar juntamente. Hemos sido amantes, nos conocemos á fondo el alma. Tanto mejor. ¿Qué desdichamiento hemos hecho mutuamente que nos pueda disgustar al uno ó al otro? ¡Oh, que desgracia si nos hubiésemos separado en un día de cólera, sin comprendernos, sin explicarnos! Entonces un pensamiento odioso habría envenenado nuestra vida entera, y no nos habríamos creído ya nada. ¿Pero hubiéramos podido nosotros separarnos así? ¿No lo hemos intentado en vano muchas veces? ¿Nuestros corazones inflamados de orgullo y resquemor, no hubiesen estallado de dolor y de pena cada vez que nos hubiésemos hallado solos? No; eso no podía ser. Debíamos, al renunciar á las relaciones hechas ya imposibles, permanecer unidos por la eternidad. Tienes razón, nuestro abrazo era un castigo, pero no lo sabíamos. Nos echamos inocente y sinceramente en los brazos el uno del otro. Pero, bien; ¿no tenemos un solo recuerdo de esos abrazos que nos sea casto y santo? Me has reprochado en un día de fiebre y de delirio el no haberte sabido dar los placeres del amor. Lloré entonces, y ahora estoy bien segura de hay algo de verdad en tu reproche. Estoy muy contenta de que esos placeres hayan sido más austeros y más velados que los que tú encontrarás desde luego. Al menos no te acordarás de mí en los brazos de otras mujeres. Pero cuando estés solo, cuando tengas necesidad de *rogar* y *horar*, pensarás en tu Jorge, en tu verdadero camarada, en tu enfermera, en tu amiga, en algo mejor que todo aquello. Porque el sentimiento que nos une está formado de tantas cosas, que no se puede comparar con ninguno. *El mundo jamás comprenderá nada. Mejor.* Nos amaremos y nos burlaremos de él.

Pagello ha venido á almorzar conmigo, y se ha marchado á las ocho. Está ocupadísimo con un enfermo en este momento, es su antiguo amante, que siente de nuevo por él una pasión febril desde que le crece infiel, le pone verdaderamente malhumorado. Es tan bueno y tan dulce, que no tiene valor para decirle que no la ama ya, y verdaderamente debía hacerlo, porque es una furiosa y además la ha hecho traicionera. ¿Pero quién le aconsejará que sea riguroso? Eso no es para mí. Esa mujer me pide que les reconcilie, y yo puedo sino hacerlo, aunque siento que les hago un mal servicio. Pagello es un ángel de virtud y merecería ser dichoso. Por esto no debía reconciliarle con la Aparlice. Pero yo también he de partir. Aguardando, paso con él los más dulces momento del día hablando de ti. Es muy sensible y muy bueno este hombre; comprende mi tristeza y la respeta tan religiosamente! ¡Es un mundo que se dejaría cortar la cabeza por mí! Me rodea de cuidados y atenciones de que no puedo darme idea. No he tenido tiempo de imaginarme un deseo. Advina todas las cosas materiales que pueden hacerme la vida mejor.

De él.—1.º de Mayo:

¿Me dices tú que tú me amabas? ¿No estaba yo advertido? ¿Tenía yo algún derecho? ¡Oh, mi niña querida! ¿Cuándo tú me amabas, me has engañado? ¡Jamás! ¿Qué reproche tendré que hacerle durante siete meses que te he visto día por día? ¿Quién es el miserable que llama pérdida á la mujer que le estima bastante para advertirle á tiempo que ha llegado su hora? La mentira, he ahí lo que aborrezco, lo que me hace el más desconfiado de los hombres y quizás el más desgraciado. Pero tú eres tan sincera como noble y orgullosa.

He ahí por lo que te creo y te defenderé ante el mundo entero hasta que muera. Ahora, quien quiera me podrá engañar, maltratar, desgarrarme; sufriré, pero sé que tú existes. Si hay algo bueno en mí, si hiciese algo grande con mis manos ó con mi pluma, dí que sabes de dónde proceder, sí, Jorge, hay algo en mí que vale más que lo que pienso. Cuando vi á ese gran Pagello, he reconocido la mejor parte de mí mismo, pero pura y exenta de las manchas irreparables, que la han envenenado en mí, por eso es por lo que he comprendido que era necesario partir. No te arrepientas mi querida hermana, de haber

sido mi amante. Era necesario para que te conociese (*aquí una línea tachada*); pero no vuelvas nunca sobre una palabra que te he dicho sin razón y que me recuerdas en tu última carta. Los gozos que he encontrado en tus brazos eran más castos, es cierto; pero no me digas que eran menos grandes que los demás. Es preciso conocerme como yo mismo me conozco, para saber lo que es eso. Acuérdate de una estrofa de *Nausona*. Tengo de tus brazos un momento cuyo recuerdo me ha impedido hasta hoy, y me impedirá por mucho tiempo todavía, aproximarme á otra mujer.

Tendré quizás otras amantes; ahora los árboles se cubren de verdura y el olor de las lilas hasta aquí se espesce; todo renace, y mi corazón late, á pesar mío. Soy todavía joven; la primer mujer que tenga será también joven, no podría tener confianza alguna en una mujer hecha. Y esto que he encontrado en ti es una razón para no quererlo buscar.

¿Sabes lo que me ha encantado de tu carta? La manera con que me hablas de Pagello, de sus envidados pasajes, de tus afectos hacia él y la franqueza con que me dejas leer en tu corazón. Trátame siempre así. Eso me hace fuerte. Amiga mía, la mujer que habla así de su nuevo amante, al que deja y aún ama, le da la mayor prueba de estimación que un hombre puede recibir de una mujer.

...Dí á Pagello que le doy las gracias por amarte y velar por ti, como lo hace. ¿No sería la cosa más ridícula del mundo el sentirlo? Yo amo á ese mozo tanto como tú; enténdelo como quieras. El es causa de que haya perdido la riqueza de mi vida, y le amo como si me la hubiese dado. No quisiera veros juntos; soy dichoso pensando que lo estáis. ¡Oh, ángel mío, mi ángel, soy feliz y lo seré.

De ella.—12 de Mayo. Venecia.

No hay nada que sea algo en el mundo sino el amor. Quizás es una facultad divina que se pierde y se recobra, que es menester cultivar ó que es preciso comprar con sufrimientos crueles y experiencias dolorosas. Quizá me has amado con pena para amár á otra con abandono. Quizá la que venga te amará menos que yo, y quizá será mas dichosa y mas amada.

El gran Pedro Pagello no ha leído *Lelia*, y creo que no comprendería ni jota. No desconfía de estas aberraciones de nuestras cabezas de poetas. Me trata como á una mujer de veinte años y me corona de estrellas como á un alma virgen. Yo no digo nada para destruir ó mantener su error; me dejo regenerar por este afecto dulce y honesto. Por primera vez en mi vida amo sin pasión.

Tú no has llegado á eso. Quizá irás en sentido contrario. Quizá tú último amor será el más novelesco y el más joven. ¡Pero no mates tu buen corazón, no le mates; yo te lo suplico!

*Jorge Sand parece, sin embargo, lamentarse de amar sin pasión. ¿Preferiría la tempestad de Musset á la tranquilidad de Pagello? En el mismo Mayo escribirá ella desde Venecia:*

Está cerca de mí, amigo mío, me sostiene; él no es débil, no sufre, no es suplicaz, ni ha conocido las amarguras que te han roído el corazón. No necesita de mi fuerza; tiene su calma y su virtud. Me ama en paz y es dichoso sin que yo sufra, sin que yo trabaje por su dicha. Pero yo, yo necesito sufrir por alguien, necesito emplear este exceso de energía y de sensibilidad que siento en mí. Necesito alimentar esta maternal solicitud á la que me he acostumbrado velando á un ser dolorido y fatigado. ¡Oh! ¿por qué no podré vivir entre vosotros dos y hacerlos dichoso sin pertenecer ni á uno ni á otro? Yo habría vivido así diez años. Es verdad que tengo necesidad de un padre, pero, ¿por qué no he podido conservar á mi lado mi hijo? ¡Ay!, las cosas de este mundo son vanas y mentidas, y el corazón del hombre cambiaría si oyese la voz de Dios. Yo le he escuchado y me parece que lo oigo.

*Jorge Sand gozaba siempre en poner á Dios en tercer ó cuarto lugar en sus asuntos sentimentales. Tenía una religiosidad que irritaba á Musset.*

*La escuela de Pagello, traducida del italiano, vale la pena de ser citada:*

JOSÉ GALTIER.

(Continuad)

## TIPOS POPULARES

RAGAZZINI

Es pintor, músico y anarquista. Y se llama Ragazzini.

Vive, como pintor, decorando paredes y, en raras ocasiones, haciendo cuadros. Alma de artista, profesa verdadero culto á la pintura, y su caja de colores parece predestinada á acompañarlo á todas partes. Hasta á los teatros suele ir con ella. ....

Ciertos días parece tener ráfagas de inspiración y pónese á pintar en cualquier sitio y sobre cualquier cosa, ya sean muros, puertas, vidrios; lo primero que cae bajo sus pinceles. . .

\*\*\*

Su temperamento de músico se revela en todos los instantes de su vida. Acude á todas las audiciones de ópera, en las coliseos, y, desde su asiento de «gradas», se convierte en competentísimo juez que sabrá emitir el oportuno aplauso alentador, pero, también, el agudo silbido de desagrado. Y, finalizada la función, ya en la vía, canta ó tararea los más hermosos motivos, momentos antes escuchados.

Y siempre canta ya esté en la calle ó en el trabajo. «Bohème» y «Tosca» son sus favoritas. El mismo se titula «Marcelo». Quizás á ratos, se cree, también, Mario Cavaradossi. Y puede que tenga mucho de uno y de otro. . .

\*\*\*

Bebe. Más no hay que acusarlo, porque nunca se embriaga. El alcohol solo le produce una intensa alegría. El lo sabe y por eso sigue bebiendo. Tiene tan arraigado este vicio que, una vez, replicó así, á alguno que le recriminaba su conducta: «¿Que no beba? ¡Si esto es mi felicidad, mi única dicha! ¡Vdes. no saben cuanto tiempo he requerido para ser lo que ahora soy! ¡Y ¿he de perder en un minuto lo que me ha costado años?...»

Y, talvez, Ragazzini tenga razón. Vivir siempre alegre, riendo, cantando, es una forma de la felicidad.

Por eso bebe. Y, así, bajo la influencia del alcohol, pinta cantando ora «recondita armonia. ....» ó «lucevan le stelle»...

\*\*\*

Hay gentes ociosas que gustan observar el proceso de sus trabajos. No se oponen. Al contrario, de vez en cuando, interrumpe su obra, enfrenta á los curiosos y grita: «viva noi. .... l'avenire!»

Y esas dos frases, acaso incomprensibles para muchos, encierran, para él, toda una profesión de fé, todo un discurso.

Sus ojos, verdes y vivos, chispean en la faz demacrada, de frente espaciosa, barba hirsuta y gran melena. . .

\*\*\*

¿Anarquista? No puedo ser. . . Si es incapaz de matar un insecto—dicen los que confunden anarquista con maldad. Sin embargo Ragazzini lo es, pese á tímidos é ignorantes.

Y, libertario de alma, practica en lo posible el verbo nuevo. No oculta, tampoco, su fé. Y hasta

apostol, aunque su acción se reduce, solamente, á cantar los más bellos himnos anárquicos, los de versos más sonoros y música más entusiasta. Propaganda por el arte y por la belleza: dulce infantil propaganda!

Pero el parece confiar más en su grito de guerra, en «su viva noi. .... l'avenire».

Y basta oírlo para adivinar su ideal. ¿No es, acaso, un síntoma de revolución ese artista de ropas deshechas y manchadas, manos callosas rostro enflaquecido, que grita: «viva noi?»...

¿No werrá decir: vivan los proletarios, vivan los humildes, los pobres y los tristes. ....? ¿no es un abuso de libertad gritar eso, en vez de chillar, un «viva el ré, ó la república, la patria ó un viva il padrone. ....?» Y ¿l'avenire. ....? Oh! Esa frase se diría una amenaza. Y también, una promesa. . .

Porque pone tanta sinceridad, tanto calor, tanto entusiasmo en su grito que no se puede menos de pensar en ese porvenir, en esa aurora social que tanto ama el pobre artista. . .

Viva noi. . . L'avenire!

ERNESTO J. ORTIZ.

Rosario, 1904.

TIPOS MODERNOS. . .



De tute.—Y ahora ¿á quién me queda por heredar?



★ **Bombas**  
de  
**Diafragma**

PATENTE  
DE LA  
EDSON M<sup>FG</sup> C<sup>O</sup>  
BOSTON

PARA LA EXCAVACIÓN INODORA  
MINAS  
DESAGOTE DE POZOS Y PANTANOS  
JAGUELES  
BAÑADEROS DE HACIENDAS  
INCENDIOS, ETÇ.

**La Bomba más poderosa  
á mano**

¡DÁ SIN VÁLVULAS!

Número 4 Trabaja por 2 hombres 23.000 litros por hora  
» 3 » » 1 » » 15.000 » » »

ÚNICOS IMPORTADORES:

**Urien, Shine & Cía.**

**343 - San Martín - 347**

(Frente á "LA NACIÓN")

● ● BUENOS AIRES ● ●

